

FRANCISCO MARTÍN Y GÓMEZ

MAR SIN MAR

(1925-1930)

ATENEO SEGOVIANO

1931

EJEMPLAR DEDICADO POR SU AUTOR

FRANCISCO MARTÍN Y GÓMEZ

SAN ALFONSO RODRÍGUEZ, 5

SEGOVIA (ESPAÑA)

M A R S I N M A R

f. 52927

C. 1066391

COPYRIGHT BY
FRANCISCO MARTÍN Y GÓMEZ
SEGOVIA, 1931

IMPRESA DE «EL ADELANTADO DE SEGOVIA»

FRANCISCO MARTÍN Y GÓMEZ

MAR SIN MAR

LIBRO DE POESÍAS EN DOS JORNADAS
CON UN INTERMEDIO

(1925-1930)

ATENEEO SEGOVIANO



R. 42934

DEDICATORIA

*necesaria y suprema—sin
posibilidad de tópico—:*

A MI MADRE.

El libro

(propósito inicial)

Amigos:

hice un libro
de versos.
Mas le hubiese querido
lograr para el silencio.
Para leerle en los atardeceres
junto al molino viejo,
entre la luz que acaba y la que empieza,
al son del Angelus...

o en el momento
cansador de la siesta, bajo el pino
que nos oculta al sol de fuego;

o en el hogar, en las veladas
románticas de invierno,
al mismo punto en que la abuela
acaba un cuento.

Así sí. Así podrían
mis versos de camino y de silencio
lograr una emoción,
entre los brindis
que el corazón ofrece en vino añejo.

Sólo así. Nunca más.
Todas las cosas tienen su momento,
y el saber encontrarlo, es descubrir
el humano secreto.

Hoy os le ofrezco fervorosamente
—amigos—y al hacerlo,
os doy el corazón, lleno también
de aromas y de versos.

1925.

M a r s i n m a r

Jornada primera

Evolución

(1925-1927)

*A Pepe Arroyo, comenta-
dor amable de esta parte del
libro.*

E t e r n i d a d

1

Mujer, prepara la barca,
que he de seguirte queriendo
en la línea donde el mar
se confunde con el cielo.

Allí solos.

Lo infinito
guiando los pasos ciertos.

—Orgullo de nuestro orgullo,
saeta de nuestro pecho—.

Sobre el abismo del mar.
Bajo el abismo del cielo.
Y yo en medio.

¡Dios, mujer!

¡¡Para seguirte queriendo!!

2

Herida de cielo y sol:
verte toda
—cuerpo y alma—
en cada sueño que llega
y en cada día que pasa.

3

No importa que la lámpara
se consuma en el viento:
¡habrá siempre una estrella
—alma—por cada sueño!

No importa que los labios
guarden hoy su secreto:
¡habrá una canción vieja
para cada silencio!

No importa que los ojos
ya no miren al cielo:
¡habrá siempre una lágrima
para cada recuerdo!

Los ocasos no pueden
nada contra lo eterno:
¡siempre habrá una mañana
para vivir de nuevo!!

Pureza

Era blanca, toda blanca
nuestra químera, mujer;
hecha de versos, de lirios,
¡y hecha de Mayo también!
Blanca, blanca, toda blanca.
Blanca como dicen que es
la lágrima silenciosa,
y como han de ser
el velo y los azahares
de nuestro día....

después
el pan nuestro cotidiano
sobre el mantel,

y el agua—camino blanco—
caricia para la sed.

Blanca como la sonrisa
del primer niño, mujer,
y, al fin, cual nuestros cabellos
al tiempo de la vejez
cuando ya sólo soñemos
con lo que fuimos...

Después

¡queremos blanca la tierra
y blanca la cruz también!

Viaje

¿Qué importa el camino
ni la ruta eterna?...

Los cielos lo mismo.
Lo mismo la tierra.
Van todos los pasos
por la misma senda.

Igual es la vida.

¡No hay lejos, ni cerca!

A m o r

Todas las cosas se vistieron
de rosas olvidadas.
Parecía el cielo más azul
y la tarde más clara,
más alegres los cantos,
y las risas
imprecisas
bajo el «scherzo» de la flauta.

¡Y qué contentos mientras la saeta
se clavaba en el alma!

Ante primavera

¡Ay, horas con sol...

—todo mi jardín

era una oración—.

¡Ay, horas con sol...

—rojo florecer

de mi corazón—.

¡Corazón de ayer!

¡Ay, horas con sol!

¡¡las mismas de ayer

y las mismas de hoy!!

Nocturno

Mujer, andando,
que el camino es largo,
la noche corta y el hogar lejano.

Quiero la noche para ver tu alma
—mujer, andando—
con luz de estrellas y con luz de luna
—la noche es corta y el camino largo—.

—¿Por qué la noche para ver mi alma?...

—Mujer, andando.
No quiero el día, que destroza todo
lo que pasa soñando.

Con luz de estrellas y con luz de luna
—mujer, andando—,
¡así tu alma de mujer yo quiero
junto al hogar lejano!

Vejez

1

Las manos temblorosas
se cansaron del libro.
Los ojos apagados
miraron el camino:
lleno de nieve estaba...

El corazón lo mismo.

¡Qué soledad amarga
del camino y del alma!



2

Recuerdo.

Junto a mi corazón.

Que no se abra
tu cofre de oro viejo.

¿Recordaremos algo, en esta soledad,
de nuestro tiempo?

El jardín y la fuente y el camino
que se pierde a lo lejos,

y la vieja casona,
medio en ruinas, del pueblo,
y el mastín que ladraba
por las noches al viento.

Pero no recordamos.

¡Qué tristeza
no recordar lo que fué nuestro!...

¿Y el amor?

El amor, sí.
Su perfume llega en este silencio...

Cierra la puerta, cierra.

¡¡Y quede aquí nuestro único recuerdo!!

Nocturno

(4 de Junio)

Hay en el cielo una estrella
que brilla más que las otras.

Su luz ante mi ventana
—recuerdo de horas remotas—
me habla de viejos amores
y me habla de viejas rosas.

¿Irán al cielo en estrellas
los amores de las novias?

Un beso sobre la frente.
La música de una copla
que se perdía en la noche
bajo la fronda sonora,
y la larga despedida
junto a la vieja casona...
Amores que se agostaron
como un otoño de rosas
y vuelven hoy en la estrella
que ante mi ventana llora.

Madre, ¿tú sabes si al cielo
van las almas de las novias?

¡Hay en el cielo una estrella
que brilla más que las otras!

Esclavitud

*A Rafael Conde, en des-
agravio de muchos silencios.*

Sobre el azul de las aguas,
bajo el azul de los cielos
la blanca vela;
tan cercana, tan lejana,
que parece que va huyendo
sin alejarse de tierra.

Esclavitud de las cosas.
¡Pobre barca viajera
que camina al infinito:

mar inmenso,
cumbre inmensa de la tierra!...

La vela se hundió a lo lejos...

¿Será hecha de su pureza
esta espuma que en las olas
nos llega cantando a tierra?

Ambición

Yo quisiera destrozar
el cielo, sólo por ver
si en el nuevo amanecer
se iba otro cielo a formar.

Yo quisiera en esta tarde
decir la nueva palabra
que al par que la fe la labra
se va escondiendo cobarde.

Y yo quisiera, mujer,
hacer de tu odio ambición,
y crear un corazón
¡¡para volverte a querer!!

Optimismo

¡Ay, este sol de domingo
que se ha metido en el alma

La ciudad se ha puesto el traje
nuevo, guardado en el arca
entre romero y tomillo
seis días de la semana,
y marcha a la romería
del corazón de su plaza.

Nosotros vamos despacio,
lejos, con nuestra palabra...

Pero ¡qué pena, mujer,
dejar la fiesta en la plaza!

¡¡Ay, este sol de domingo
que se ha metido en el alma!!

Inquietud

¿Hay un cielo cada día?
¿Cada día un sol también?
¿Cambiarán todas las cosas
—cielo y tierra—cada vez?

No encontramos estas horas
que se perdieron ayer
en la noche silenciosa,
horas lentas
que, al caer,
parecían rosas muertas
de algún olvidado ayer.

¿Cambiarán todas las cosas
—cielo y tierra—cada vez?

¡Ay, entonces, qué tristeza
de estas palabras tan nuestras
¡que ya no pueden volver!

Inconstancia

Junto a la orilla del río
qué bien comprendo a mi alma:
caminar, caminar siempre,
entre risas y entre lágrimas.
El fondo de los abismos,
la cumbre de las montañas,
los caminos venideros...
todo es lo mismo y es nada
para este soñar continuo
y esta continua nostalgia.

Junto a la orilla del río
qué bien comprendo a mi alma

que sueña con un paisaje
distinto cada mañana.

¿Y en el amor?

Un amor
cada nueva madrugada;
para la noche una choza
y en el día abandonarla
en este sueño de gloria,
de juventud y esperanza.

Junto a la orilla del río
qué bien comprendo a mi alma.

a tantas inquietudes repartidas
para cielos distintos.

—Inquietud de palabras.
Inquietud de sentidos—.

«¡Ay, marinero en el mar!»

Igual yo para mí mismo,
como algo que va a la tierra
¡¡porque es de tierra el camino!!

Escepticismo

1

—«Yo quiero la luna, madre...»

—El mundo dirá que sueñas
un imposible, y hará
que sigas la misma senda
de otros que pasaron antes
y no nos dejaron huellas.

Solamente en el camino
—amor tal vez—una fecha.

¡Una fecha que creyeron
estúpidamente eterna!

2

Volverás—ilusión—
como todos los días
vuelve la luz de alba.
Más no serás la misma,
como cada mañana
cambia la luz del alba.

Volverás—ilusión—
y cada madrugada

te esperaré leyendo
sobre el libro impreciso
de mis quimeras plácidas.

Volverás. Mas ¡ay dolor!
ha de ser tan cambiada
que en el anhelo de mis sueños seas
al mismo tiempo: ¡todo y nada!

3

¿Dónde dejaron sus huellas
los que cruzaron el mar?

Azul de agua.

Azul de cielo.

No encontraremos las huellas
en el mar.

¡Señor, que mi corazón
sea igual,
que todos los que le cruzan
no dejen huella jamás!

Despedida

—¡Adiós!

—¡¡Adiós!!

Cada uno para un camino.

¿Mas los caminos no van
hacia uno mismo?

Corazón, ¡adiós!

—¡¡Adiós!!

Cada uno para un cariño.

¿Mas los cariños no van
hacia uno mismo?

¡Ay, este rudo dolor
de no saber el mañana
de este camino del cuerpo
y este cariño del alma!

de borrar lo que es imborrable
y decir: ¡volver a empezar!
Y vivir, vivir nuevamente...
—El tiempo todo en mi rincón
esclavizado eternamente
¡¡como si fuese un corazón!!—

M a r s i n m a r

I n t e r m e d i o

(1928)

Mar sin mar. 4.

49

*Homenaje a Federico
García Lorca.*

Dos romances

1

La noche

Para Alberto Camba.

La noche con sus puñales
saltando las azoteas
va asesinando a la tarde.

Tres ángeles de juguete
destrozan el almanaque:
meses, semanas y días
se marchan, libres, al parque

y hacen barcos de papel
para pasar el estanque.

—Los niños, llenos de envidia,
no quieren el chocolate—.

Policías del ocaso
de ronda van por las calles,
pero los cascos se rompen
y se suicidan los sables.

—Nadie vencerá a la noche
que tiene insignia almirante—.

Los faroles van abriendo
cien heridas en su carne
y de todos los balcones
salen espías cobardes...
pero el reloj, vagabundo,
no preparó sus puñales

y convence a los serenos
para cerrar los portales.

—Nadie vencerá a la noche.
Ni el mar. Ni la tierra. Nadie—.

Veinte pájaros azules
perdidos van por los aires
sin temor a las antenas
ni a los bandos del alcalde.
Veinte telegramas vuelan
anunciando los desastres.

Se licencia a las estrellas
para que vayan al baile
y a la feria cornetines,
tambores y generales.

—Nadie vencerá a la noche
firme, durmiendo a las calles—.

Pero detrás de la torre
—sólo la luna lo sabe—
piruetas de la mañana
ensayan saltos mortales,
y el sol—soñando cristales—
para la nueva batalla
prepara a sus capitanes.

2

Prendimiento del alba

A José M.^a de Cossío

Llenas sus manos de soles
va pasando la mañana,
con una manta de nubes
sobre el lomo de la jaca.
Contrabandista del viento
por las fronteras del alba
llena de alijo a los hombros
la alforja de la montaña.

En las manos la escopeta
con doce estrellas cargada
y un cuchillo de minutos
medio escondido en la faja.

Huérfanos, juegan cantares
por la carretera blanca.
Los árboles transeuntes
rompen sombras alargadas
—obstáculos del camino
para pista de acrobacia—
y en la pirueta, sin música
del trampolín, la mañana
lanza intrépida a los vientos
su sed de metas lejanas,
pasando ríos y calles,
saltando torres y casas.

La veleta, traicionera,
repite un pregón de alarma:
«¡todos los carabineros
detrás del puente te aguardan

con sus machetes de sombras
sobre escopetas de plata!»

—«Corre jaquilla, jaquilla,
si la noche nos alcanza,
ha de romper estos soles
que llevo bajo mi capa.
Ve dejando en los guijarros
—sobre el polvo que levantas—
tus cuatro rosas de lumbre
sin cesar multiplicadas.
Mira que un vuelo de esperas
mi amor hacia el cielo lanza
desde su balcón, maduro
de risas y de palabras.»

Del reloj sale la tarde
con bandera a media asta;
vienen detrás, escondidos,
carabineros y guardias.
Entre un batallón de sombras
llevan presa a la mañana

—la luna, en su tribunal,
viste una toga de plata;
las estrellas hacen baile
junto al reloj de la plaza,
y empiezan los funerales
de pájaros y campanas—.

—¿Por qué dejaste, jaquilla,
que la noche me alcanzara?—

Los niños fingen silencios
de despedidas doradas.
Entre un batallón de sombras
llevan presa a la mañana...
El río pasa llorando,
y en las estrellas de plata
los ángeles del cortejo
se van quemando las alas.

Jornada segunda

Mar sin Mar

(1929-1930)

«Feria marina en el cielo»

JORGE GUILLÉN

«Pirata de mar y cielo»

RAFAEL ALBERTI

A José Antonio G. Santelices, buen animador de mi obra poética.

El niño y el mar

*Para el niño Albertito
Camba, nieto de marino.*

El niño ya busca el mar.

Con su barquito de vela
ya va buscando la mar;

¡y no la sabe encontrar!

¡Pobre barquito de vela
que no puede navegar!

No llores, niño, no llores,
tiende la vela al pasar,
que el camino de la tierra
nos ha de servir igual
si en nuestra senda de espinas
sabemos, niño, soñar.

Mar de mar y mar de tierra:
has de poder navegar
en tu barquito de arena:
—el viento hinchará las velas
y es marinero al cantar—.

Inquietud de caminar.

Con su barquito de vela
el niño deja la tierra
y va buscando la mar.

Sonetos

*A Luciano de la Calzada,
poeta de «Romances mari-
neros».*

1

Por entre tus palabras—buen ramaje
de rosas y de peces y luceros—
con un dibujo alegre de senderos
nos llega la luz nueva del paisaje.

Vienes desde tu mar. Con mil bordados
de estrellas en tu gorra marinera,
y, para tu viaje, una guerrera
con dos anclas de sol por entorchados.

Tu mar en la ciudad. Se van trocando
las casas en navíos, espiando
un pedazo de azul en cada esquina...

Y, anhelando cruzar rutas lejanas,
con un perfume de ciudad marina
se crucifica un vuelo de ventanas.

2

Nunca «huellas de ayer». Sirven de guía
y marcan los seguros derroteros,
pero no ayudan a soñar senderos
ni a vencer la ignorada lejanía.

El afán, convertido en teoría,
nos hará del pasado prisioneros
y es preciso marchar, aventureros,
hacia la gloria del futuro día.

No tierra. El mar. Infancia en el camino.
Que un pájaro novel, cada mañana
un folio diferente abra al destino;

y, sin señal de precaución al paso,
con un sol de cristal, cada ventana
apuñale las sombras del ocaso.

3

Desnudando silencios de la brisa
van todas tus quimeras capitanas,
sobre el gallo que enciende las mañanas
abriendo el arco iris de su risa.

Gaviotas—ni a tu voz disciplinadas—
entre la mar y el cielo incompatibles,
apuñalan de rutas imposibles
los senos de las horas conquistadas.

Y así vivir. Sensible a la aventura
de tu reloj, doblado en cortesía,
con doce madrigales en clausura...

No hace falta el breviario a tu destino.
Todos los horizontes traen su día
lámpara ya—madura—en tu camino.

Amanecer en el convento

*En el libro «Clausura»,
de Luis Martín García Mar-
cos.*

Dialogaron tu voz y la campana
conventual, y a su emoción sincera
surgió en el cáliz de la huerta austera
la palomita azul de la mañana.

Desde el sombrío coro, ve la hermana
que la luz—de los cielos mensajera—
traspasa el ventanal como si fuera
de un arcángel la espada soberana.

Y siente una ilusión, un ansia loca
que deshace deseos en sus ojos
y se escapa en suspiros por la boca...

y, herida de la nueva madrugada,
mientras abre el breviario y cae de hinojos
se ve en vuelo de amor crucificada.

Enumeración

*Para una ilustración de
Gabriel Carreño.*

En dibujos dinámicos, mi acento
va recortando casas y balcones,
y torres inclinadas, sin canciones,
y los ríos, sin brújula, en el viento.

Es el ruido de máquinas, intento
de conquistar el cielo en aviones,
y la pizarra de especulaciones
que marca un sol, de noche, en tu aposento.

Cinema de Charlot—sin policías—.
Bandoleros rendidos al ensayo
y el automóvil gris con averías...

Y, agitando en el aire sus pañuelos,
se despide de ti hasta el nuevo Mayo
la caravana de los rascacielos.

M a r s i n m a r

Canciones a media voz

(Mar y cielo)

1

La noche llegó callando...
¡Yo quiero un ramo de estrellas
para ponerlo a tu lado!

La noche se fué callando...
¡Y mi ramito de estrellas
se deshojaba en mis manos!

Mañana—amor—he de hacer
con más estrellas el ramo
¡y ni el sol del mediodía
le ha de apagar en mis manos!!

2

Velero de mar fingida
—así va el sol por el cielo—.
Amor, ¡quién pudiese ser
de este barco viajero!

—La mañana iba encendiendo
su azul de pájaros nuevos—.

Yo saldría a navegar
en mi barquito velero

¡qué de estrellas pescaría
con nombres de marinero!

Tú, entre tanto, qué sorpresa
ver la noche sin luceros
y sin pájaros las manos
y sin niños el silencio,
las ventanas sin canciones
y los árboles sin viento...



¡Con las estrellas yo haría
un mar de plata en tu cuello!

Tú, del brazo del silencio,
tenderías la mirada
—azul—de todos los puertos.

Mientras con el día nuevo
yo iba—¡capitán del sol!—
robando estrellas al cielo.

3

Las estrellitas—¡silencio!—
van a la escuela del alba,
y allí se están todo el día
aprendiendo matemáticas.

Los pájaros gorjeando
golpean en la ventana:
¡A la estrella que está encerrada!

En el cielo marinero
la tristeza armó su barca:
¡A la estrella que está encerrada!

Yo quiero la noche, madre;
las estrellas en la playa
juegan a botar veleros,
se mojan de agua salada,
y hacen de la luna adorno
de su barca capitana.

¡Quién pudiera estar con ellas
preparando una jornada!...

Tú me dirías «adiós»
con la palomita blanca
de tu pañuelo de amor.

Y entre los brazos del alba,
yo te traería las redes
llenas de peces
—de estrellas—
¡llenas de peces de plata!

4

¡Eh, tú, capitán de mar,
quieto a la orilla del cielo,
que en el azul de mis aguas
ya no hay blancos de veleros!

—¿Dónde están tus marineros?

—Con sus pájaros de hierro
mis pájaros de la mar
van conquistando los vientos.

¡Se me mueren las estrellas!...

Capitán, vuelve ligero
y envuélvelas en la vela
de tu barco marinero.

5

Noche marinera

*A Ramón G. Ribot en su
«Cosecha de las estrellas va-
riables».*

La noche se cayó al mar...

¡Cómo tiemblan las estrellas
sobre el azul de la mar!

Date prisa, marinero,
prepáranos tu velero
para poderlas salvar.

¡Cómo tiemblan las estrellas!

El mar las quiere robar
su plata, para esa espuma
que luego en la playa—avaro
de cielo y luz—guardará.

—Los niños de la mañana
las luces descubrirán—.

Los castillitos de arena
sobre la playa del mar,
los castillitos de arena
¡qué de estrellas guardarán!

6

¡Si yo alcanzara la luna
con mi barquito de cielol...

Ganaría el mejor premio
de todos los marineros.

Con una cinta de seda
—bandera de mi velero—

una estrella pensativa
prenderían en mi pecho.

Y un decreto,
nombraría a mi barquita
capitana de los vientos.

7

Un pañolito de seda
me encontré ayer en el puerto...

¡Qué pena—amor—verle quieto!—

Dibujando sobre el viento
con él, dijo «adiós» un día
la novia del marinero.

—¿Habrá un pañuelo de seda
también a cada regreso?—

Dicen las viejas canciones
que hacen todos los veleros
con pañolitos de ausencia
las velas que dan al viento...

¡Y este pañuelo de seda
que me he encontrado en el puerto!

—¡Qué pena—amor—verle quieto!—

¡¡Parece un pájaro muerto
este pañuelo de seda
que me he encontrado en el puerto!!

8

A Rafael Alberti.

Mira cómo llora el río
porque ha perdido una estrella...

La estrella llegó una noche
con siete hermanas pequeñas,
buscaban la luna—madre—
que el río, avaro, se lleva.

¡Ay, siete barcas de luces!
¡Amor, salgamos a verlas!

Siete barcas van marchando
y una tan solo se queda.

Mira cómo llora el río
porque ha perdido una estrella.

Voces azules registran
los bolsos de la ribera.
Dime, tú, mi lavandera,
dónde estará la estrellita
que se perdió en la ribera.

«A la verde, verde oliva»
—cantaba la lavandera—
«a la verde, verde oliva»,
que se ha perdido una estrella.
Si yo la encuentro he de hacerme
un collar y una pulsera,
y anillos para mis dedos,
mis dedos de lavandera.»

Llora, llora, llora el río...

Mañana, la lavandera,
verá convertido en cielo
su pañolito de seda.

9

La niña y el viento

A Gonzalo España.

1

Va la canción de la niña
perseguida por el viento:

—Hablarle de amores, niña,
hablarle de amores quiero.

¡que ya brillan los luceros!

que quiero hablarle de amores
en la ventana del tiempo
cuando brillen los luceros.

2

No te escondas en la plaza
—¡no sabes que soy el viento!—

No te escondas en la plaza
con guardias y caballeros.

¡Que serán tus carceleros!

Si te escondes en la plaza
por las rejas de las ramas
paso a robarte si quiero.

¡¡No sabes que soy el viento!!

3

Y la canción de la niña
moría en brazos del viento...

—La noche enciende sus horas
en el farol del sereno,
mientras todos los luceros
convencen a la plazuela
para que guarde el secreto—.

10

Ausencia

Yo dejé el balcón abierto
para ver si tú llegabas
en las rosas y en los vientos.

Y por sí, al regar el huerto,
te dibujaban con agua,
de luto, los jardineros.

Asesinando colegios,
la tarde lleva a los niños
llorando por los paseos.

—¡Para qué quiero yo ahora
estas canciones que tengo!—

Yo dejé el balcón abierto
porque los pájaros íban
anunciando tu regreso.

—Para verte en pleno campo
mi balcón salió a tu encuentro—.

Ni llegabas en las rosas
ni llegabas en los vientos.

Si tú no cantas de nuevo,
¿para qué quiero yo ahora
estas canciones que tengo?

—¡Mi pañuelo,
para romper las distancias,
bate con furia los vientos!—

11

Alba

Parece que hacia los cielos
van el río y la mañana.
—¡Qué alegres cantan los pájaros
llevándoles en sus alas!—

La ribera también huye
trepando a las copas altas
de los árboles, y lleva
consigo a las lavanderas
que lavan la ropa blanca

y a los niños harapientos
que echan al río sus barcas...

¡Pescador, dame tu barca,
que quiero ver dónde el río
se va llevando a las almas!

12

*A José María Luelmo en
«Inicial».*

O c a s o

El farol y sus pregones:
—mercader de la plazuela
con quincalla de colores—.

Banderitas de silencio,
molinos de papel nuevo...

¿Por qué los niños no juegan
a tirar voces al viento
para después recogerlas?

¡Se habrá enredado en las nubes
el hilo de las cometas!...

La noche llegó en silencio
pintando lunas y estrellas,
la tarde al huir se lleva
—¿dónde estará el campanero?—
nuestras campanas de fiesta.

Las manos buscan distancias
para alcanzar las estrellas.
Exactas ya, las miradas
llegan primero a la meta.

Tejedoras de la luna
aprestan hilos de seda
para tejer el vestido
de la mañana en promesa.

Dos senderos de juguete
crucifican la plazuela.

—¡También el mundo es pequeño!—

Mira, los niños ya juegan
a tirar voces al viento
para después recogerlas.

Escena última

*A Luis Cano, prueba de
afecto y compañerismo.*

Optimismo

Corta—grandes—los cristales
—remador de la mañana—
no les cortes pequeñitos
que se parecen a lágrimas.

Lágrimas—¿de quién y cuándo?—

Cartas de novias lejanas
desde la sed de los árboles
caen al río—verdes, blancas—.

Carterito de las horas
llévatelas en tu barca,

que el viento de las esperas
abre todas las ventanas.

Los niños se ríen, ríen...
Los pájaros cantan, cantan...

Remador de la mañana:
¡tus remos, cristales grandes
corte—azules—en el agua!

El árbol solitario

A Paco Pino.

Quieto en mitad del camino,
solitario y arrogante,
enviando telegramas
—pájaros, pájaros, pájaros—
a los árboles del parque.

¡Que bien en ti, siempre en ti,
con sólo tu pensamiento!...

Para ti todas las rosas
que van abriendo mi cielo.

¡Cadenas de soledad!...

¡Los ángeles del silencio
te arroparán en la noche
con sus mantos de luceros!

E s p e r a

Impaciencia: Ventanas
geometrizando azules
subastan la mañana.

Vocerío de enigmas
ya olvidados de lámparas
que al día—niños, niños—
rinden toda la estancia.
Pureza, sí, seguro
que hoy se cumple el programa.

Pero el reloj y el campo
coleccionan distancias
y, el río, a un imposible
llevó su última barca.

El viento, fatigado,
trae canciones lejanas.
Exóticas. No hay tierra
buena para plantarlas.
Y agonizan: la tarde.
Y se mueren: otro alba.

Dos décimas

Homenaje a Jorge Guillén.

1

La tarde

Sobre el bastón de la torre
la tarde al huir se apoya:
—¡torpe pírqueta en tramoya
que a sí misma se socorre!—
Porque el paisaje se borre,
predilecto de las cumbres,

enlaza vientos y lumbres
disciplinando el fracaso...
y, orgullosa de su ocaso,
crucifica mansedumbres.

2

Otoño

La plazuela, ya desnuda
de infancias, ve una mañana
ceñida a meta lejana
sin horizonte de duda;
donde el pájaro que enviuda
y la flor que pierde brío,
cantan en un mismo pío
la exactitud de su anhelo
que, frágil, conquista el cielo
para la burla del río.

Campana al amanecer

La torre abre su risa
—espía del silencio—
y apuñala las calles
en un alba que encuentra
juntos muslos y senos.

Ya llegan las palabras
mientras huyen los sueños.

Creía poseerte, amor,
creía eterno tu instante
—nuestro instante—
frente al mundo en silencio.

Ya no. Todos los pájaros
sabían mi secreto
y el campo y la ventana
llegaron a un acuerdo
para encender de soles
la sombra de mi cuerpo.

Sí. Todos los paisajes
tienen su libro abierto.
Ganan color las rosas
desnudando misterios,
y el río purifica
su brújula en el viento.

De la torre descende
—un grito—
el día nuevo,

Amor, amor, ¿es tiempo?

¡Ahora ya sabemos
por qué todos los niños
tienen blancos los sueños!

Recuerdo

Quiero guardar esta hora.
¡Cierra todas las mañanas
y apaga todos los soles!...

Quiero guardar esta hora
sin pájaros ni palabras,
sin despedidas ni ausencias,
sin dolores ni esperanzas,
sin lunas y sin estrellas,
sin mares y sin mañanas,
sin las tardes, sin las noches,
sin las rosas, sin las almas...

—En un pañuelo de seda
y atado con cinta blanca—.

Quiero guardar esta hora
sin catálogo, cercana,
desnuda, sin movimiento,
como fué: segura, plana.
¡¡Para la única voz
de mi reloj del mañana!!

Al margen

A l m a r g e n

Un ensayo sobre poesía

Desde que la poesía—elevación del espíritu a los cielos de la quimera—necesita de exégesis para comprenderla y sentirla, apenas leo versos. La vertiginosidad embarullada de los tiempos que ahora vivimos impone duras exigencias para la satisfacción de los goces espirituales. Acaso por el atropello con que hoy se suceden las sensaciones materiales—la vida moderna es una cruda concepción materialista de valores y ritmos—pueda decirse que las generaciones modernas tienen encallecidas las almas. La glándula tiroides—oficina de las emociones humanas—de las gentes de ahora, sólo funciona a impulsos de una percusión rotunda y seca. Por esta razón es por lo que los motivos determinantes de las emociones literarias tienen que ser justos, sumarios, sintéticos, para que calen hondos y conmuevan a las almas. Cuanto más sobria es la rima en la plasmación y proyección de las ideas y cuanto mayor es también la desenvoltura con que se desprende del engorro de la palabrería ociosa, con tanta más claridad y do-

naire luce la belleza. Las armonías se producen galanamente y el pensamiento irradia sus vibraciones con plenitud de esplendor y gentileza.

Muchos son los jóvenes que en la actualidad aplican sus ocios a la elaboración de versos. En las manos de estos mozos, la cítara señorial, evocadora de arrullos y trovas, se trueca bandurria vil, más apta para las sonatas peluqueriles que para rendir adoración y reverencia a la majestad de las Musas. Cuando aupados estos muchachos—algunos de cuarenta y cinco años—por el ansia de roturar horizontes nuevos, quieren remontar las cumbres de la originalidad para allegarse prestigios de varones excepcionales, se apodera de ellos una tan horrenda cursilería que sus almas se derriten en maullidos líricos. Desorientados en su afán de borrar con el lustre y maravilla de sus creaciones la memoria de los genios que fueron gloria del Parnaso español, se desatan en composiciones tan arbitrarias que, juzgándolas serenamente, más bien debieran caer bajo la atención del frenólogo que bajo el fallo de la crítica literaria.

Francisco Martín y Gómez es un poeta nuevo que, a pesar de su juventud, ha sabido emanciparse valerosamente de las influencias de una época sobresaltada por tropes de extravíos degenerativos para inspirar su

poesía en un sentir noble y humano. La poesía de Martín y Gómez es reflejo exacto de su espiritualidad y de su porte. Todo en ella responde a un elevado sentido de austeridad y comprensión. Martín y Gómez no es poeta de palabras y alaridos, sino de ideas y emociones. Con clara visión se ahonda su espíritu en los misterios del mundo psíquico. Estilizadas sus percepciones por la magia de una alta aristocracia mental, las metaboliza y asimila su fantasía para modelarlas luego en imágenes que se visten con el atavío de una rima garbosamente tallada, cuyas seducciones se entran finamente por los sentidos hasta aposentarse en el remanso de las almas.

La poesía de Martín y Gómez es de abstracciones y ensueños. Martín y Gómez no se deja invadir por esa melancolía patológica tan en boga entre los esquizofrénicos del vanguardismo militante, ni le atormenta tampoco la mecanicidad del ritmo en guisa de que las preocupaciones de la forma diluyan sus inspiraciones en el complejo de enrevesadas naderías.

Los versos con que nos regala Martín y Gómez en su libro MAR SIN MAR, responden al gusto de un sentimiento prócer. Son alientos logrados mediante sublimes concentraciones de un alma en flor de ilusión, que

sabe penetrar en las reconditeces de la vida para captar la ciencia de los hondos misterios humanos. Sus cantos al Amor, a la Esperanza y a la Vida, son lindas rapsodias de un espíritu selecto que en los momentos de soledad glosa la aventura de sus sueños con rima noble y gustosa, que cautiva al lector sin el arbitrio de maqui-lajes y prendidos.

Francisco Martín y Gómez se revela en este primer libro que da a la estampa como un verdadero poeta que sabe sentir lo que ven sus ojos y cantar lo que su alma siente.

ALBERTO CAMBA

Segovia, Marzo, 931.

I n d i c e

	<u>Páginas</u>
DEDICATORIA.....	5
El libro.....	7

JORNADA PRIMERA

Eternidad 1.....	11
» 2.....	13
» 3.....	14
Pureza.....	16
Viaje.....	18
Amor.....	19
Ante primavera.....	20
Nocturno.....	21
Vejez 1.....	23
» 2 (recuerdo).....	24
Nocturno.....	26
Esclavitud.....	28
Ambición.....	30
Optimismo.....	31
Inquietud.....	33

	<u>Páginas</u>
Inconstancia.....	35
Peregrino.....	37
Escepticismo 1.....	39
» 2.....	41
» 3.....	43
Despedida.....	45
Resurrección.....	47

INTERMEDIO

DOS ROMANCES.

1. La noche.....	51
2. Prendimiento del alma.....	55

JORNADA SEGUNDA

El niño y el mar.....	61
-----------------------	----

Tres sonetos.

1. «Por entre tus palabras—buen ramaje».....	63
2. «Nunca «huellas de ayer». Sirven de guía».....	65
3. «Desnudando silencios de la brisa».....	67
Amanecer en el convento.....	69
Enumeración.....	71

CANCIONES A MEDIA VOZ.

«La noche llegó callando...»	75
«Velero de mar fingida»	76
«Las estrellitas— ¡silencio!—	78
«¡Eh, tú, capitán de mar»	80
Noche marinera	82
«¡Si yo alcanzara la luna»	84
«Un pañolito de seda»	86
«Mira cómo llora el río»	88
La niña y el viento 1	91
» » 2	92
» » 3	93
Ausencia	94
Alba	96
Ocaso	98

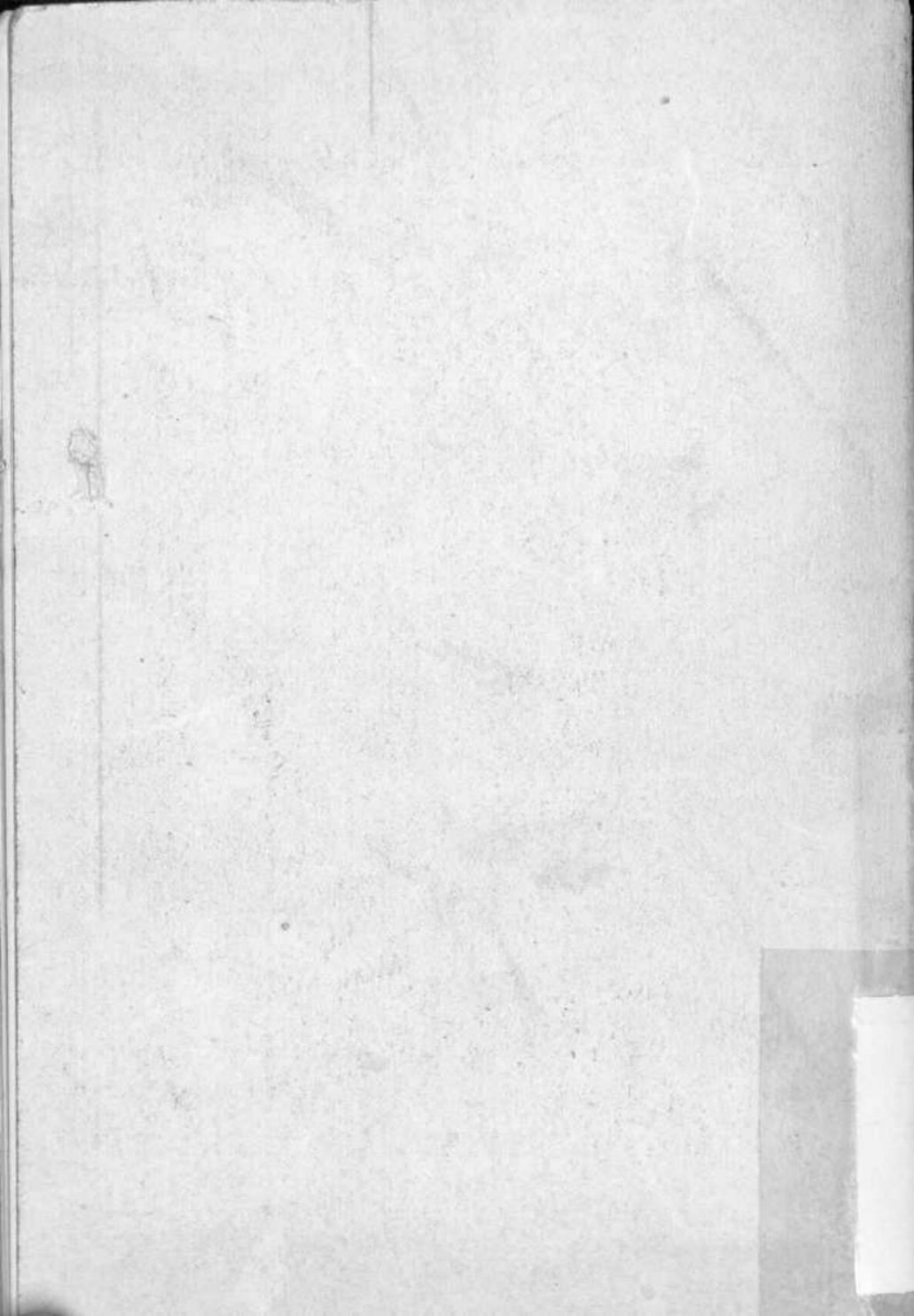
ESCENA ÚLTIMA

Optimismo	103
El árbol solitario	105
Espera	107
Dos décimas.	
1. La tarde	109
2. Otoño	111

I n d i c e

	<u>Páginas</u>
Campana al amanecer.....	112
Recuerdo.....	114
AL MARGEN.	
Un ensayo sobre poesía.....	119

713E J



G-103332

103332